

JULIO FAESLER

Preferencias oportunas

La crisis que asuela al mundo se ha convertido en una preocupación primaria en todos los países. La globalización, que fue vista como un poderoso estímulo al crecimiento económico mundial, se ha convertido en la gran banda de transmisión, convirtiendo el desplome estadounidense en una cadena interminable de quiebras y despidos en prácticamente todos los países.

La recesión, que ya se insinuaba desde mediados de 2008, ha rebasado todo pronóstico, reduciendo los índices de consumo y producción que hoy se traducen en masivos recortes laborales.

Los despidos masivos se multiplican en la banca, servicios, la industria automotriz y de la construcción entre los casos más comentados. Sólo en Estados Unidos son ya 6.5 millones de trabajadores que se mantienen en el ocio, 6.8% de la fuerza laboral. Más de 625 mil desempleados se inscribieron en las últimas semanas en los servicios asistenciales. El índice de desempleo en Europa es de 6.5%; en España el dato es de 13.5% y podría llegar a 20% el próximo año.

Los mercados de los países “emergentes”, altamente dinámicos, se mencionan como los que habrán de salvar de la quiebra a las empresas del mundo industrializado. China e India, empero, comienzan a padecer una inesperada desocupación en sus actividades dedicadas a la exportación.

La gran crisis que ahora se vive, la más dramática en los últimos cien años, ataca así al factor central de la riqueza que es el trabajo. Es en defensa de éste que asoman medidas en los países más importantes de Europa, Asia y Estados Unidos, para detener el desempleo y su concatenada compañera que es la inestabilidad social.

En Estados Unidos, el Programa de Rescate a la economía que el presidente Obama presentó a su Congreso propone gastar 900 mil millones de dólares, una parte principal destinada a obra pública de infraestructura. La finalidad del programa es revitalizar el sistema productivo para contrapesar la ola de despidos que se ha registrado. Es explicable que, pasando por encima de los principios del libre mercado, uno de los ingredientes del plan, aún en proceso legislativo, sea condicionar en exclusiva el ejercicio de los fondos fiscales a productos y servicios de origen estadounidense, por encima de los importados.

La cláusula “compre estadounidense”, que impediría importar, entre muchos, productos de acero europeos, provocó una inmediata reacción internacional. Mal pueden, sin embargo, los europeos oponerse a la mencionada cláusula. Ellos mismos han acallado las protestas de sus propios trabajadores desplazados por la crisis globalizada prometiendo protegerlos de la ola

de inmigrantes que cada día llega a sus costas y fronteras buscando empleo: “¡Los puestos británicos son para los trabajadores británicos!”, dijo recientemente Gordon Brown, primer ministro del Reino Unido, ante una asamblea sindical.

La violenta oposición a la cláusula “compre estadounidense” alega que esta medida anuncia una nueva etapa de proteccionismo como la que se inauguró en 1933 con la Ley Smoots-Hardley, que elevó las tarifas estadounidenses de importación y echó a andar una cadena de represalias que ahorró el comercio internacional y que algunos analistas señalan como uno de los factores que dispararon la II Guerra Mundial.

Independientemente de que así fuera, el proteccionismo es condenado como un elemento que va contra la prosperidad general que, supuestamente, se obtiene con la total apertura comercial. Así, las voces de los primeros ministros de Japón, de Canadá, el Reino Unido o de Australia argumentan que las barreras a la importación cierran actividades exportadoras, detonando el desempleo. El aislacionismo nacionalista, que el proteccionismo, se dice, perjudica al consumidor nacional, obligándolo a pagar más por los productos de probable menor calidad.

La teoría liberal del comercio internacional resulta, pues, absoluta. No

Continúa en siguiente hoja



Fecha 07.02.2009	Sección Primera-Opinión	Página 17
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

tolera desviaciones. Supone que se cumpla su hipótesis medular: las condiciones de competencia han de ser iguales y homogéneas en todos los mercados y países. Este concepto del mercado perfecto, sin embargo, nunca se ha dado. Los postulados del libre comercio no pueden ser aplicados literalmente. Ante todo, se necesita atender, en estos momentos de graves crisis, el interés social por encima de la teoría.

En Washington se aseguró que la aplicación de la cláusula “compre estadounidense” dentro del Programa de Rescate, se hará de manera compatible con los compromisos asumidos en la Organización Mundial de Comercio y otros como el TLCAN.

En México estamos arrancando numerosos programas anticíclicos consistentes en un fuerte gasto en obras de infraestructura que ofrecen importantes oportunidades de empleo.

Una política “compre mexicano”, análoga a la cláusula “compre estadounidense”, es necesaria y oportuna. Nosotros también podríamos encontrar, como seguramente lo harán los negociadores de Estados Unidos en defensa de sus intereses nacionales, la forma de aplicarla “de manera compatible con los compromisos de la OMC y del TLCAN.

juliofelipefaesler@yahoo.com